los escrúpulos del autor, sino por *esos chicos* maldicientes; esos genios del humorismo democrático; esos flageladores de los vicios con librea; los Catones de la gacetilla independiente y mordaz... todos se llevan las manos á la cabeza entre escandalizados y compasivos; todos se declaran *de la casa;* todos parecen grandes duques y capitalistas poderosos al ver cómo se agrupan y hacen la rosca alrededor de las majestades ofendidas. Allí no hay tales marquesas frágiles, ni tales banqueros estafadores, ni nada de cuanto se pinta en el libro, ni lo ha habido nunca, ni lo habrá jamás; y si, á todo tirar, haya algo de ello, es de muy distinta manera; de una manera elegante, distinguida y correcta, tal y como no puede pintarlo ni comprenderlo el ingenio rústico que se ha atrevido á salirse de sus casillas en mal hora para su fama. Lo de menos es la equivocación padecida por el iluso; lo grave, lo imperdonable, es su atrevimiento, el atrevimiento de meter la pluma en asuntos que no son de su parroquia, sino para los competentes; porque Madrid es para los madrileños; es decir, para ellos, para «los chicos de la prensa» aguda y chispeante; para los gallegos trasplantados la antevíspera, que toman eso de «ser de Madrid» con una formalidad que pasma...

—Pero, hombre—dijo entonces el periodista, que escuchaba á Juan Fernández sin pestañear, como todos los del corrillo, aunque no sin sonreirse,—tome usted un respiro siquiera.

—No me da la gana—respondió el fogoso sustentante, echando lumbres por los ojos,—porque no lo necesito.

Le valió una salva de aplausos el arranque, y continuó de esta manera:

—Y si todas estas lindezas las declararan en razonamientos detenidos, en consideraciones hábiles, aunque fueran de poco fuste, vaya con Dios; pero resulta que hay que deducirlas de sus parrafejos dengosos, de sus arremetidas *casuales*, de sus compasivas reprimendas; y toda esta metralla fofa parece, por añadidura, estar lanzada al autor de la novela, no por la importancia del libro, sino por la de los agraviados en él... Y, sin embargo, el autor, riéndose en sus soledades provincianas de esas flaquezas ridículas, puede arrojar á las barbas de los melindrosos un buen brazado de libros y papeles *indígenas* admitidos por ellos sin protesta, en los cuales se sacan tiras del pellejo á lo que sólo se pellizca en las novelas de mi ejemplo, y no solamente se dice, como en éstas, de las damas pecadoras, que pecaron, sino que se pinta su modo de pecar. Y en vista de ello, ¿qué hemos de creer?... Hay quien cree que abundan por allá los *destripadores* de honras aristocráticas, durante el día, que se alampan por sentarse al anochecer á la mesa de los destripados. Yo no creo esas cosas tan feas, y sigo creyendo á ojos cerrados en la simpleza del *madrileñismo* que á tales extremos conduce... He dicho, por ahora.

Otra salva de aplausos al orador; una media carcajada del periodista, que al mismo tiempo se

tocaba una sien con la punta del índice del mismo lado, y las siguientes palabras de Nino Casa-Gutiérrez:

—Yo voto con Juan Fernández.

—¡Usted!—exclamó el periodista, mirándole con fingido asombro.

—Yo—insistió Nino;—yo, que conozco bien *la clase*, y además soy sincero.

—Pero, hombre—volvió á exclamar el periodista,—¡usted me maravilla!

—¿Me va usted á negar la competencia también en el asunto? Pues mire usted que yo soy madrileño de verdad, de los nacidos y criados...

—Ya, ya; pero como nobleza obliga...

—¡Valiente nobleza! Y ¿á qué obliga, aunque desacreditada? ¿Á decir la verdad? Pues ya la digo votando con Juan Fernández en lo de mis encopetados congéneres, y con él y con Casallena en lo del madrileñismo de ustedes los del oficio de escribir.

—¡Demonio con el auxiliar que me ha caído!

—Cuidado, amigo mío—díjole entonces el despreocupado *sportman*, tocándole el hombro con la mano,—no vaya usted á dar á estos señores un argumento más en pro de su tesis, queriendo aparecer más papista que el Papa.

—Por ahí flaquean todos ellos,—apuntó Casallena.

—Y ¿quiénes son ellos?—preguntó en su aire de broma cachazuda el periodista.

—«Esos chicos»—respondió Casallena,—á que acaba de referirse Juan Fernández.

—Luego yo soy uno de ellos—replicó el periodista;—ergo me cogen de medio á medio las pestes con que los han abrumado ustedes, y particularmente Juan Fernández.

—Eso usted lo sabrá—dijo éste muy fresco.

—Si en Madrid ejerce de crítico, y ejerciendo es tan madrileño como los otros, claro está que le coge.

—¡Qué demonio de chicos éstos!—expuso, por toda réplica, el periodista, afilándose más la punta del bigote, frunciendo los ojuelos y forzando la sonrisa.—¡Lo agarrado que tienen las aprensiones en lo hondo!... Y vamos á ver—añadió irguiéndose un poquito, de pronto,—dejando chanzas á un lado y suponiendo, por un instante nada más, que hubiera en la crítica madrileña esa nota desdeñosa para las obras provincianas, ¿no se le podría hallar, más de cerca ó más de lejos, una razón disculpable?

—Usted dirá.

—Pues digo que bien pudiera ser causa, más ó menos remota, de esa falta de interés para los lectores madrileños... ó aclimatados en Madrid, adelantándome al reparo que han de hacerme ustedes, ese espíritu de región de que parecen informadas la mayor parte de las obras de autores provincianos. ¿Por qué han de interesar allí las cosas que no se conocen?

—Ahí le quería yo ver á usted y ahí le esperaba—exclamó Juan Fernández con gran viveza;—porque ese es el despeñadero natural y lógico de la

pendiente por donde van las inseguras ideas que tienen ustedes sobre el particular. ¿Cómo podrá usted convencerme de que el arte tiene una patria y un teatro determinados? ¿No hay en las provincias hombres y mujeres, como en Madrid? Pues ¿qué más da que el escenario en que se representa un pedazo de la comedia ó del drama de la vida humana, tenga por fondos estos mares infinitos ó aquellos montes abruptos, ó los árboles y los coches en hileras de la Fuente Castellana? ¿Por ventura los hombres no son hombres, ni las mujeres mujeres, si no se acuñan y revalidan en el troquel del personaje madrileño? La levita de aquí ó de otra capital cualquiera, ¿no vale tanto como la levita de ustedes? El corazón que late debajo de sus solapas, ¿no es el corazón de todos los hombres civilizados? El rústico patán de estas comarcas, ó el modesto trabajador de estos talleres; el pescador de estos grandiosos mares, ó la sencilla labradora de esos verdes campos, ¿no son barro tan digno de la mano del artista como los chulapos y las *Menegildas* de allá? Los provincialismos españoles que son el jugo, la savia de la lengua patria, al decir de un docto crítico... y del sentido común, ¿no valen siquiera tanto, dentro de los moldes del arte, como la jerga temporera de la chusma de Madrid? Pues si todo esto es innegable, ¿qué hay, qué puede haber de extraño en la literatura provinciana para los paladares madrileños? Y si, á pesar de los pesares, lo hubiera, ¿qué diremos nosotros de lo que ustedes nos envían á carretadas por acá en piece-

citas de teatros, en periódicos amenos y semanarios *populares?* ¡Pues tienen miga, y calado, y gracia, y novedad sobre todo, el sempiterno deudor del sastre, ó del casero, ó de la patrona; el cesante irredimible; la suegra arpía; la mamá en busca del café con *media de abajo*, para ella y las dos chicas solteras; el cómico sin contrata; la *Morros* y el *Espaldillao* saldando la última cuenta de celos, y, por todo chiste, *latas*, *desplantes*, *timos* y *mayormentes* á cada paso, como si estos espumarajos de la canalla presidiable pudieran ser nunca moneda de ley en el caudal de la literatura honrada!

—¡Otra vez el torrente desbordado!—dijo á Juan Fernández el periodista, echando á broma el asunto, mientras aplaudían al fogoso perorante sus paisanos.—Amigo, no hay modo de meter baza en esos oleajes de pasión. ¡Qué exageraciones!

—¡Exageraciones! Esto es la pura verdad, la medida exacta, los temas obligados y el alcance práctico de dos generaciones de humoristas al menudeo que se han hecho hasta famosos... por algún tiempo. Y no lo cito porque crea incapaces de producir obras de mayor substancia á algunos de ellos, pues bien sabe Dios que los estimo en lo que podían valer trabajando en más vasto terreno; cítolo como modelo de la literatura popular de ustedes; de lo que ha llegado á formar escuela en Madrid muchos años hace, y se derrama á borbotones por las provincias; en fin, para que, teniéndolo á la vista, me diga usted, sin pasión de pandillaje, hasta dónde llegaría el desdén de esos in-

geniosos escritores, que, en su mayor parte, son los mismos «chicos» de la crítica, si nosotros inundáramos á Madrid de paparruchas de esa estofa.

—También voto yo esta vez con Juan Fernández,—dijo Nino Casa-Gutiérrez.

—Después de haber votado usted contra los suyos—le contestó el periodista con gran flema,—ya no me queda nada que ver.

—Eso le probará á usted que soy diputado independiente. Y si no, vaya esta prueba de ello: á mí me tienta lo flamenco, por pasión de localidad ó por vicios de enseñanza... en fin, no sé por qué. El caso es que me tienta, y que devoro las piezas y los artículos de ese género; pero es también el caso que me relamo de gusto cuando veo arrimar una paliza, como la de ahora, al género, á los autores, á los modelos, y al público que los aplaude. Esta aparente incongruencia quizás sea obra de algún fondo de estética honrada y decente que haya en mí: no lo sé á punto fijo; pero yo cedo á su impulso, y sin tener para nada en cuenta lo malo, que me esclaviza, aplaudo lo mejor, que me enamora. No sé si habré sabido explicarme delante de tan altas y distinguidas personas; en un círculo de *barbianes* (y perdone la palabreja chulesca el castizo Juan Fernández) hubiera expresado mi pensamiento en esta sencilla fórmula: «soy un medio perdido, de buenos sentimientos.» Y lo que digo de lo flamenco lo extiendo á lo pornográfico, que no deja de abundar en nuestra prensa menuda,

dato que se le escapó en su catilinaria al amigo Juan Fernández.

—No se me escapó tal—observó el aludido,—sino que dejé de intento ese nuevo aspecto, que ni siquiera es de casta española, de esa literatura especial, para formar con él pieza aparte en el proceso que la estamos siguiendo aquí hoy.

—Démosla por formada—dijo el periodista,—y hasta por descargada la paliza correspondiente; pues costillas que tantas acaban de sufrir, no han de reparar en la cuenta por una más ó menos; pero conste que todavía no me ha dejado usted exponer las razones que pudieran existir en disculpa de ese dichoso desdén de la prensa madrileña hacia los libros provincianos. ¿Me permite usted continuar mi interrumpida tarea?

—Pensé que ya se había alegado todo con lo de la falta de interés en las *cosas* de provincias para los cultos madrileños; pero ya que hay más, siga usted exponiendo, que será oído con mucho gusto.

—Pues allá va otra razón, que no deja de ser de peso, á mi modesto y desautorizado entender: la razón de lo insignificante del número de autores y de libros provincianos dignos de consideración, comparado con el de los madrileños. Bien saben ustedes cuánto influye en la estimación de las cosas la costumbre de verlas á menudo; y en la de los libros y toda especie de obras de arte, el conocer y tratar á sus autores. Formen ustedes el corolario de esto, y á ver si nos vamos entendiendo.

—Es innegable—respondió Juan Fernández,—

que en Madrid residen, ó á Madrid frecuentan la casi totalidad de los que cultivan las letras en España, buenos y malos, y que son contadísimos los escritores castellanos de nota que las cultivan en las provincias; pero, sin tener en cuenta que en estos casos no se estima por cantidades, sino por calidades, da la casualidad que tienen ustedes á la puerta de casa un hecho evidente, notorio, que destruye la poca solidez que pudiera hallarse en la nueva disculpa alegada por usted.

—¿Qué hecho es ese?

—Un hecho en que no se trata de unas cuantas individualidades dispersas por las provincias, sino de una literatura entera y verdadera, lozana, vigorosa y floreciente. En esa literatura, de abolengo ilustre, hay novelistas como los mejores de Europa; hay poetas líricos y dramáticos admirables; *costumbristas*, como ustedes dicen, y críticos superiores; y, para mayor refuerzo de mi tesis, á esa literatura pertenecen el *único* poeta épico que hoy tiene España, y el único dramaturgo contemporáneo en cuyas tragedias centellea el numen soberano de Shakespeare. No le cito á usted nombres por no ponerle en un grave aprieto.

—Gracias por el piropo—respondió el periodista, haciendo una reverencia á Juan Fernández, pero sin dejar de sonreirse ni de afilarse la punta del bigote.—Aunque ignorante, sospecho que alude usted á la literatura catalana.

—Á la misma. Pues de esa literatura no saben ustedes una jota.

—Gracias otra vez más,—repitió el periodista, volviendo á inclinarse y á sonreirse.

—Y hasta hace muy pocos años—continuó Juan Fernández impertérrito,—ni de oídas se conocía en Madrid el nombre de ese gran épico, que ya estaba traducido á todas las lenguas literarias de Europa; hoy le conocen, es decir, al nombre, la mayor parte de los literatos madrileños; quizás no llegan á seis los que le han leído. Al otro poeta, al gran trágico, ni por el forro, como pasa con los líricos y con los novelistas. Jamás he visto un nombre de esos estampado en los periódicos de Madrid. Entre tanto, todos ellos son conocidísimos y estimados en Francia y hasta en Rusia.

—Que escriban en castellano si quieren que los leamos en Castilla,—replicó el periodista, con un dejillo de zumba, como si se tratara de los moros del Riff.

—No escriben en castellano, porque deben escribir en la lengua en que discurren, si quieren escribir bien. Ya sabe usted que «todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche... para declarar la alteza de sus conceptos... y no debe desestimarse ni aun al vizcaíno que escribiese en la suya.» Díjolo Cervantes, y así es ello de acertado. Lo derecho, lo regular, sería que ustedes aprendieran el catalán para leerlos y saborearlos como deben, porque á ello les obliga la profesión, ya que les falte el entusiasmo.

—Con eso, y con que usted no se haya tomado esa molestia tampoco...

—Se equivoca usted, que me la he tomado; no la molestia, sino el grandísimo placer de aprender á leerlos, como el señor Casallena y el amigo Romero, que nos están escuchando; y ¡pásmese usted! en este rinconcillo de la tierra pasan de seis, que yo sepa, las bibliotecas particulares en que no faltan los libros catalanes. ¿Á que no hay tantos en Madrid en librerías de esta clase?... Y me anticipo á advertirle que, con mis ditirambos á esa literatura regional, no quiero decir que me asombro de que no se popularicen en toda España; porque para esto sí que es un obstáculo insuperable el no estar sus libros escritos en castellano. De lo que sí me asombraría, á no ser por la idea que tengo del espíritu madrileño de que venimos tratando, es de que la literatura catalana, tan rica y tan bella, no se conozca en Madrid por más de media docena de literatos, y jamás se lea una mención de ella en los periódicos de la capital de las Españas.

—¡Y todo—dijo el periodista madrileño, chungueándose tan risueño como de costumbre,—por esa pícara envidia!...

—No he dicho tal.

—Ó por ese centralismo absorbente, ó madrileñismo desdeñoso, que tanto viene á dar, bien desentrañado el concepto. En fin, que somos unos granujas los periodistas de allá.

—Siento muy de veras que se me haya anticipado usted con esa deducción forzada de las premisas que he sentado yo, á la declaración que iba á

hacerle ahora mismo, como otro argumento más en favor de mi tesis; porque va á parecer excusa tardía por aquella causa, y á perder gran parte del mérito de su sinceridad.

—Venga, con todo, la declaración, para hacerla los honores que merezca.

—Pues pensaba declarar, y declaro, que lejos de tener á las personas esas en el concepto que usted, por seguir sus bromas, ha supuesto, sucede todo lo contrario: no he conocido gentes más campechanas, más corteses, más hospitalarias ni más nobles en su trato con nosotros...

—Ergo...

—Aguárdese usted. Hasta aquí vamos bien: todos somos unos, ciudadanos y convecinos de la república de las letras; hasta se lamentan, como yo, del poco aprecio que hace la crítica (ellos) de los libros, particularmente los de afuera...

—Luego...

—Pero esos hombres tan cariñosos, tan finos, tan discretos, tan campechanos en el comercio ordinario de la vida, cogen la pluma después, se suben á la trípode, y ya están con el ataque; ya «son de Madrid:» la migaja de limosna, la miradita de alto abajo. ¿Qué significa todo esto?

—¡Qué ha de significar? La sempiterna alucinación de ustedes.

—¿Qué alucinación, ni qué ocho cuartos... ni qué ha de decirme usted á mí, ni qué han de decirme ellos, que yo no sepa, sobre ese particular? ¡Si yo, yo, que hablo de ese resabio de casta; yo,

que le conozco como á los dedos de la mano, y abomino de él; yo, yo mismo, escribiendo, aunque indigno, en un papelón de la corte, casi he sido madrileño, y he tenido comezones de mirar de alto abajo á las cosas de provincias! Tendrá ese mal algún fundamento remoto, como el que exponía Casallena; lo dará el clima, le producirán las costumbres... ó la corrupción de los alimentos; será hereditario de generación en generación, desde aquellos patriarcales días del *Álbum de Momo* y del *Semanario Pintoresco*, en aquel lugarón destartalado y sucio, plantel insigne de los legítimos milicianos nacionales, y de esos otros beneméritos ciudadanos «del comercio de esta corte,» cuyas muertes se anuncian todavía como las de los últimos veteranos de Trafalgar... vendrá, en fin, de donde usted quiera; pero el mal existe allí, y existirá mientras aquello no se refunda en otros moldes y se purifique por...

Aquí se detuvo Juan Fernández, porque sobrevino el vizconde como llovido del cielo. Presentósele Nino á sus amigos y conocidos, y con esto se acabó la empeñada disputa.

XIV.

PALABRAS MAYORES.

Al anochecer de aquel mismo día entró corriendo Petrilla en el gabinete, y dijo á su hermana á media voz, cogiéndola al mismo tiempo por un brazo:

—¡Á la cama, hijita, á la cama ahora mismo, que viene el coco!

—¿Quién viene?—preguntó Irene á Petrilla, levantándose de un brinco de la silla en que estaba sentada.

—*Él;* Nino,—respondió Petrilla, tirando de su hermana hacia la puerta falsa del gabinete.

—¡Jesús!—exclamó Irene, sin saber por dónde meterse.

—Pero ¿dónde está?—preguntó doña Angustias, que se hallaba presente.

—Pasaba yo por el recibidor—dijo Petrilla;—oí pasos en la escalera; me dió una corazonada; miré por la rejilla con mucho tiento, y resultó lo mismo que me había temido: era él que subía, todo amarillo... Fuí de un salto á decir á *la* Rita que le pasaran á la sala... ¡Chist! Aguanta hasta la respiración ahora, que ya está ahí...